

El impacto ideológico de la Escuela Francesa sobre el Ejército argentino

*Carlos Guerrero Velásquez**

RESUMEN

En Argentina existió una poderosa influencia de origen francés que modificó profundamente las tácticas militares y la ideología del Ejército entre 1957 y 1963. Estas teorías extranjeras importadas al Cono Sur, tuvieron como origen los aprendizajes obtenidos por el Ejército francés en las guerras de Argelia e Indochina. A partir de tales experiencias, los oficiales franceses desarrollaron técnicas de combate contra la entonces novedosa 'guerra de guerrillas' de los grupos rebeldes, que fueron enseñadas posteriormente a los militares argentinos. Esta enseñanza incluía importantes elementos de carácter doctrinario, como la idea de la guerra global contra el comunismo, la noción de enemigo interno, y la convicción de que sus acciones, incluido el uso de tortura como técnica de obtención de información, estaban justificadas por la búsqueda del bien mayor de la nación. Esta ideología influyó profundamente en el Ejército argentino y es posible notar su rastro en el radical proceder que tuvieron los cuerpos militares durante el Proceso de Reorganización Nacional.

Palabras clave

Argentina, Ejército, Escuela Francesa, Proceso de Reorganización Nacional, influencia ideológica

The ideological impact of the French School on the Argentinian Army

ABSTRACT

In Argentina, there was a powerful influence of French origin which significantly changed military tactics and the army's ideology between 1957 and 1963. The

* Licenciado en Filosofía Universidad Autónoma de Aguascalientes (México); actualmente cursa la Maestría en Ciencias Sociales con Mención en Historia Social Universidad Nacional de Luján, Buenos Aires (Argentina). Correo electrónico: alberto_guerrero144@hotmail.com.

foreign theories brought to the Southern hemisphere, were originated from the knowledge that the French army obtained from its war experiences in Algeria and Indochina. From such experience, French officials developed their own battle techniques against the new ‘guerra de guerrillas’, which were later taught to the Argentinian military. This instruction included important doctrinal elements, such as the idea of a global war against Communism, the notion of internal enemy, and the conviction that actions, including the use of torture as a technique to obtain information, were justified by the search for the greater good of the nation. This ideology deeply influenced the Argentinian army, and it is possible to find its trace in the radical behavior of the military bodies during the Process of National Reorganization.

Keywords

Argentina, Army, French School, Process of National Reorganization, ideological influence

Introducción

Todo suceso histórico es susceptible de ser analizado con mayor profundidad si se comprende dentro de un contexto, pues este le proporciona un marco de referencia espacio-temporal que nos permite entenderlo como parte de un proceso mayor, y explicar –o por lo menos estructurar un discurso coherente y satisfactorio– una cantidad importante de sucesos que constituyen puntos clave del fenómeno analizado. Sin duda, ampliar el enfoque de estudio enriquece también la comprensión que de cada parte se pueda tener.

El presente trabajo analiza un fenómeno específico de la última dictadura militar argentina, como es la influencia de la Escuela Francesa sobre el Ejército argentino, a fin de profundizar las implicaciones que le dieron pie, pues “el Terrorismo de Estado tuvo su trágica apoteosis en el periodo 1976-1983. Sin embargo, sería un lamentable e imperdonable error creer que esa tragedia se abatió sobre los argentinos como un rayo en un día sereno” (Bayer, Borón y Gambino 2010:25).

Se ha discutido mucho sobre el apoyo que las potencias económicas mundiales brindaron para la imposición de las dictaduras latinoamericanas de la segunda mitad del siglo pasado, ya sea con la formación de ejércitos paramilitares, la facilitación para obtener armamento o la dotación de ayuda económica. Este ensayo tomará como su principal fuente, el análisis realizado por el profesor e investiga-

dor Daniel Mazzei en su texto “La misión militar francesa en la Escuela Superior de Guerra y los orígenes de la Guerra Sucia, 1957-1962” (2002),¹ para discutir el papel que la Escuela Francesa tuvo sobre la configuración del pensamiento de los militares argentinos, en particular sobre su visión de los fenómenos sociales ocurridos durante el llamado Proceso de Reorganización Nacional y los métodos extremos que se usaron para reprimir a los grupos subversivos.

La amenaza comunista

Desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, el mundo occidental se reconfiguró a partir de las políticas impuestas por dos grandes fuerzas que, en su antagonismo, comenzaron una desenfadada carrera por obtener, además del poderío militar, la dominación ideológica necesaria para imponerse como modelo económico y social hegemónico en el mundo. El indicador visible de esta lucha entre Estados Unidos y el bloque socialista, con la ex URSS como su mayor representante, fue sin duda la carrera armamentística, que provocó un temor generalizado por el peligro de que una tercera guerra mundial incluyera el uso de la energía atómica.

Estados Unidos proyectó sus influencias hacia la reconstrucción de la Europa de posguerra mediante el Plan Marshall, principalmente interesado en convertir la región en un bastión que frenara el avance del comunismo soviético. De la misma manera, los países anteriormente aliados contra la Alemania nazi comenzaron una serie de acuerdos e intercambios en distintos ámbitos, los que incluyeron la instrucción militar. Fue entonces cuando las naciones de América Latina comenzaron a experimentar una serie de transformaciones relacionadas con la manera en que las potencias económicas y armamentísticas enfrentaron esta nueva concepción polarizada del mundo, sufriendo en muchos casos las consecuencias de una guerra ajena.

La Mutual Security Act es promulgada en Estados Unidos hacia 1951 con el fin de asegurarse la cooperación de América Latina a través de diversos programas que garantizaban apoyo económico y militar –incluyendo el préstamo o donación de material bélico de rezago y el establecimiento de bases militares en suelo no

¹ Este trabajo se inició en el marco del seminario “Militares y política, 1955-1973. Autonomía, conflictos internos e influencias externas”, de la Maestría en Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Luján, impartido en 2010 por el investigador y docente Daniel Mazzei, a quien agradezco enormemente su orientación y asesoría para el desarrollo posterior de la investigación que culminó con la redacción de este texto.

estadounidense— a los países que apoyaran los intereses de seguridad y políticas exteriores norteamericanos, encaminados a frenar el temido avance del comunismo.²

La alarma por dicha ‘amenaza comunista’ se acrecentó al comenzar la segunda mitad del siglo XX, debido a sucesos como la Guerra Colonial de Indochina (1946-1954), donde los guerrilleros del Viet Minh, que contaban con el apoyo de la China comunista de Mao Tse-Tung y la URSS, vencieron al orgulloso Ejército francés. A sólo seis meses de este suceso, estalló en Argelia una revuelta libertadora que la Cuarta República Francesa enfrentó con una fuerte represión —recreada en el filme *La batalla de Argel*—, encomendando a la Décima División de paracaidistas del Ejército, bajo órdenes del general Jacques Massu (Robin 2003), tomar las funciones de policía de la capital argelina para realizar actos de inteligencia a fin de penetrar y frenar a las organizaciones rebeldes que multiplicaban sus atentados en la ciudad.

El coronel Charles Lacheroy, quien participó junto a Massau en la guerra colonial y en la represión de Argelia, había descubierto ya entre los rebeldes de Indochina la presencia del *Libro Rojo* de Mao, dándose cuenta del gran error que el Ejército francés había tenido en Vietnam al enfrentar con tácticas tradicionales a un enemigo no tradicional (Robin 2003). Lacheroy entendió que se encontraba ante un enemigo que empleaba estrategias militares distintas a las que conoce el soldado de escuela clásica y aprendió esta lección por la dura vía de la derrota. Analizando los principios de la ‘guerra de guerrillas’ aplicada por el Viet Mihn, el coronel francés comprendió que en este nuevo modelo militar la retaguardia tenía especial importancia, pues estaba constituida por elementos de la población civil que, organizada en redes, colaboraba con la inteligencia de las operaciones. Convencido del peligro del enemigo comunista, elaboró entonces una ‘teoría de la guerra revolucionaria’ que fue aplicada de lleno en Argelia. Él mismo declaró ante la periodista francesa Marie-Monique Robin (2003)³ que en esta batalla había que “defender El Imperio a toda costa contra los agentes del comunismo mundial que ya habían dado inicio a la Tercera Guerra Mundial”.

En Argelia, los paracaidistas del Ejército francés buscaron superar la frustrante experiencia de la derrota indochina. Es entonces cuando las milicias francesas

² No debe dejarse de lado la gran influencia doctrinal y técnica que el Ejército de Estados Unidos tiene no sólo sobre la milicia argentina sino sobre los ejércitos latinoamericanos en general, tema que ha sido ampliamente tratado con anterioridad.

³ Robin reúne este y muchos otros testimonios tanto de militares franceses como argentinos para producir el documental *Escuadrones de la muerte: la Escuela Francesa*, que motivó a la autora a escribir un libro de igual nombre ([2004] 2005). En ambas producciones analiza la influencia del Ejército francés sobre las dictaduras latinoamericanas. Ambos trabajos serán constantemente referidos a lo largo de este texto.

modifican sus técnicas de obtención de información, comenzando a emplear métodos más brutales y poco practicados con anterioridad, que aseguren el éxito de la misión, ya que el orgulloso Ejército no estaba dispuesto a repetir en Argelia la humillación sufrida en Indochina. Cuando se le pregunta al capitán Paul Aussaresses (ex miembro de los paracaidistas, que sirvió en las guerras de Indochina y Argelia) si la expresión “todos los medios posibles” que había usado al referirse a la obtención de información incluía el uso de la tortura, él contesta, como si de algo obvio se tratara: “¡Qué pregunta! Incluía la tortura” (Robin 2003).

A pesar de la represión, los tratados de Évian definen en julio de 1962 la independencia del país africano. Aunque no se logra el éxito militar y las posibilidades de una Argelia francesa se desvanecen, han nacido ya las semillas ideológicas y metodológicas que serán sembradas luego en América bajo el tutelaje francés, para germinar dolorosamente durante las dictaduras de los años setenta del siglo pasado.

Analizaremos dos ideas que el Ejército francés desarrolló como aprendizaje de sus conflictos coloniales y que con posterioridad son adoptadas en diversos países de Latinoamérica: el surgimiento de la idea de ‘lucha antisubversiva’, que incluía el entendimiento del militar como protector del país contra una amenaza terrorista; y el desarrollo y empleo de las llamadas ‘tácticas de lucha antisubversiva’.

París y Buenos Aires

Como indica Mazzei (2002), a partir de 1957 se incorporó a la Escuela Superior de Guerra de Argentina una misión francesa que tenía por fin prestar labores de asesoramiento basadas en las experiencias recientes del Ejército francés, incluidas las estrategias para enfrentar la ‘guerra contrarrevolucionaria’ y la ‘lucha contra la subversión’, según la terminología francesa.⁴ Esta misión contó con el apoyo de militares argentinos de altos rangos que ya habían sido capacitados en L’Ecole Supérieure de Guerre de París. “La *Ecole* tenía como objetivo seleccionar y adiestrar a un grupo reducido de oficiales que se destinarían a los estados mayores” (Mazzei 2002:116), con lo que se aseguró contar con alumnos de la elite de cada cuerpo que pudieran ser a su vez instructores en la Argentina.

Entre los capacitados en L’Ecole, encontramos a personajes que luego se desempeñaron como directores o subdirectores de la propia Escuela Superior de Guerra Argentina, tal como Pedro Tibiletti (director en 1960) o el coronel Carlos Rosas –quien promueve arduamente la capacitación argentina por parte de la milicia

⁴ Distinta del Ejército estadounidense que utilizaba el término ‘contrainsurgencia’ (Mazzei 2002).

francesa—, así como Cándido Hure (subdirectores en los años 1957-1958 y 1960, respectivamente) (Mazzei 2002). Uno de los casos más representativos es el del tristemente reconocido general Alcides López Aufranc, quien estudió en L'Ecole entre 1957 y 1959, siendo posteriormente jefe del Estado Mayor del Ejército argentino. López Aufranc declaró ante la periodista Marie Monique Robin —quien entonces rodaba su conocido documental *Escuadrones de la muerte. La Escuela Francesa*— su filiación a la enseñanza gala, afirmando que la guerra subversiva estaba “más que nunca a la orden del día [por lo cual] deberíamos volver a las enseñanzas de los franceses” (Robin 2005:223).

Según Robin, desde 1957 encontramos ya en Buenos Aires la presencia de especialistas franceses en guerra revolucionaria, como Patrice de Naurois y Pierre Badie (Robin 2005). Estos datos se confirman en uno de los libros editados por el Círculo Militar Argentino, *Historia de la Escuela Superior de Guerra Tte. Luis Ma. Campos*, escrito por el coronel Dr. José Luis Picciuolo (2000), texto que forma parte de la Biblioteca del Oficial y que mantiene un enfoque oficialista sobre la historia del Ejército argentino. Picciuolo escribe que la influencia francesa “no constituyó una novedad [...] siempre aquella estuvo presente, a través de publicaciones, visitas y comisiones de jefes y oficiales y por la adquisición de armas” (Robin 2005:136). El texto nos muestra también otros detalles sobre el tipo de instrucción recibida que enriquecen nuestra indagación. Entre otras cosas, relata que “la presencia francesa difundió las características técnicas de su armamento y vehículos blindados”, así como también “fueron objeto de explicaciones detalladas ciertas operaciones conjuntas y combinadas, como en 1956 los desembarcos aerotransportados y anfibios sobre el Canal de Suez” (Robin 2005:136), que fue una de las varias incursiones militares francesas destinadas a mantener en pleno siglo XX sus privilegios colonialistas sobre otras naciones.

Mazzei (2002) muestra que el paso de los franceses por la Argentina quedó documentado con la producción de diversos artículos. Entre ellos destaca especialmente el trabajo del teniente coronel Bladié, quien en su estudio sobre la resistencia francesa en la Segunda Guerra Mundial encontró la oportunidad para abordar el tema de la guerra de guerrillas, tratando luego la toma del canal de Suez, la situación de las fronteras en Argelia y la guerra psicológica. Otros militares, como el teniente coronel Patrice de Nourois y Jean Nougues, siguieron enfocándose en temas relacionados con la guerra subversiva, la doctrina revolucionaria de Lenin y Mao, así como en la metodología represiva usada por los franceses en Argelia. En este grupo encontramos también al teniente coronel Robert Louis Bentesque, enviado como asesor militar a Buenos Aires a fines de la década de 1950, quien organizó ciclos de conferencias sobre guerra antsubversiva para que los oficiales

de las tres armas adquirieran nociones sobre el concepto de ‘enemigo interior’ (Robin 2005).

¿Cuál es el recuerdo que los militares argentinos tienen de la instrucción francesa? En el documental que produce Robin (2003), encontramos una declaración de quien estuvo a la cabeza de la junta militar en 1982, el general Reynaldo Benito Bignone (bajo arresto domiciliario al momento de la filmación, acusado del robo de bebés de mujeres desaparecidas). Cuando se le preguntó: “Si se comparan los reglamentos ¿cuáles son las similitudes [de los adiestramientos del Ejército argentino] con lo que hicieron los franceses en Argelia, por ejemplo?”, a lo que él contestó: “yo diría que fue una copia. Yo diría que no hay diferencia. La influencia francesa fue la que guió toda nuestra doctrina, que se volcó en los reglamentos y que fue lo que aplicamos después”. Resalta en el mismo trabajo la opinión del general Ramón Díaz Bessone (importante teórico de la dictadura militar, retenido en prisión preventiva por crímenes de lesa humanidad), quien afirma en el documental que “la primer arma en el Ejército para la lucha contra una agresión revolucionaria, subversiva, guerrillera, es un buen aparato de inteligencia; y esto fue una de las enseñanzas que nos transmitieron los franceses de su experiencia en Argelia” (Robin 2003).

En otro caso similar, el general Martín Antonio Balza, comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas argentinas de 1992 a 1999, declaró también ante Robin que “la enseñanza dispensada por los asesores franceses a partir de los años 50 desempeñó un rol fundamental” (2005:267). El general Balza destacó en su testimonio la influencia de los propagandistas franceses de la guerra subversiva como Jean Lartéguy, cuyas obras fueron recomendadas en los institutos militares, según contó.

Por su parte, el ya citado general Bignone comentó que los militares argentinos “[aprendieron] todo de los franceses: la división del territorio, la importancia de la inteligencia en ese tipo de guerra, los métodos para los interrogatorios...” (Robin 2005:419). Este testimonio es corroborado por el general Jorge Rafael Videla, primer presidente *de facto* designado por la junta militar, quien en 1988 habló sobre el origen de los métodos empleados durante su gobierno para fines represivos y, entre otras cosas, declaró que “La incorporación de la doctrina operacional es de larga data, la hipótesis de insurgencia interna también: es de 1962, creo que ahí ya se venía dando con el tema de Argelia [...] el tema de dividir al país en cinco zonas y cada una de ellas en subzonas ya estaba desde hace mucho. Cuando viene el 76 lo único que hay que hacer es desempolvar esa carpeta” (Seoane y Muleiro 2001:163-164).

Mazzei señala también que el impacto producido por la Escuela Francesa en la Argentina puede verse reflejado en la difusión que el Ejército brindó a las nuevas

doctrinas, ejemplificado por la elaboración de un “Reglamento para la Lucha contra la Subversión” (Mazzei 2002:130), que fue impulsado por el mismo jefe de Operaciones del Estado Mayor, coronel Carlos Rosas; el “Reglamento de Guerra Contrarrevolucionaria” (Mazzei 2002:131), elaborado por el Estado Mayor General; o la organización del I Curso Interamericano de Guerra Contrarrevolucionaria. También se comenzó a producir literatura nacional, como el libro *Guerra revolucionaria comunista* de Osiris Guillermo Villegas, de 1962, quien se convierte en el principal teórico local sobre el tema (Mazzei 2002).

Como podemos ver, la presencia de agentes extranjeros en el Ejército argentino fue abundante, pero ¿de qué manera impactó realmente la influencia externa francesa en la ideología de los militares? Nos remontaremos al pensamiento de uno de los filósofos y pensadores franceses más importantes del siglo XX, cuyas reflexiones brindaron luz sobre las complicadas y refinadas estrategias de adoctrinamiento presentes en las instituciones contemporáneas: Michael Foucault.

La configuración de la realidad

Según Foucault ([1975] 2009), una de las más importantes transformaciones que sufren los sistemas penitenciarios hacia el siglo XIX es la de enfocar sus procesos de expiación en el control de los derechos de los individuos más que en el suplicio de los mismos, pasando a ser el castigo de un “arte de las sensaciones insoportables a una economía de los derechos suspendidos” (Foucault 2009:20). Lo anterior se da con el fin de lograr una sujeción de tipo simbólico más que físico sobre la población, a fin de que sea el temor al castigo primero y la interiorización de la norma después, lo que evite el acto criminal. Este refinamiento, que supone un control sobre las mentes, es llevado también a los sistemas de formación basados en la disciplina del cuerpo –de los cuales el ejército, las escuelas y los seminarios constituyen ejemplos paradigmáticos–, cuyo objetivo es *uniformar* a los individuos en todos los aspectos, moldeándolos para que se mimeticen con el modelo determinado por la institución.

Como dice Foucault, “la disciplina fabrica individuos; es la técnica específica de un poder que toma a los individuos a la vez como objetos y como instrumentos de su ejercicio” (2009:199), con el fin de producir un sujeto que responda de la manera adecuada a las necesidades de la institución. En los ejércitos occidentales de la era contemporánea, la formación de los militares no obedece ya solamente a la necesidad de entrenar su cuerpo para hacer uso del mismo, sino que el aparato educativo marcial se enfoca con especial atención en moldear la ideología de sus

integrantes, de tal manera que compartan no sólo una visión institucional, sino una concepción de sí mismos como parte de un organismo dependiente que sobrevive, precisamente, gracias a que sus integrantes comparten un espíritu de cuerpo.

A partir de la orientación de Foucault y de la observación sobre los aparatos militares, podemos ver que existen diferentes métodos para lograr esta identificación. Uno de ellos es la mística de los símbolos, según la cual cada insignia diferencia a su portador, reconociéndole públicamente una cualidad o grado que lo vuelve importante a los ojos de otros. Están también los múltiples rituales que se conservan en muchos ejércitos del mundo, en los cuales se utilizan elementos tradicionalmente empleados en los actos religiosos (la solemnidad, el silencio, la adoración de un símbolo, la concesión de una jerarquía o un honor por un integrante con mayor poder). Tales métodos provocan en los integrantes la sensación de ser diferentes y especiales con relación al resto de la sociedad; el integrante posee información, educación y privilegios que el ciudadano común no tiene; se le asigna una indumentaria característica para diferenciarlo de la masa; se le hace sentir protector y salvador; se le inculca una sensación de pertenencia a un grupo que le brinda una identidad específica, fuera de la cual sería sólo una persona común.

¿Qué propósito tiene esta formación ideológica? Es claro que no solamente crear un espíritu de cuerpo, sino reformar y redefinir la identidad del individuo.⁵ El Ejército forma soldados tal como los seminarios forman sacerdotes, dominando los cuerpos y moldeando las mentes, inculcando con su mística un sentido metafísico que sirva de guía y fundamento. El Ejército proporciona no sólo un *porqué* al ser del militar, sino también un *quién*. La educación recibida está encaminada a que el individuo interiorice una serie de discursos que le permitan no sólo actuar, sino sentirse y pensarse a sí mismo de la manera esperada en situaciones especiales, de acuerdo a los discursos que moldean la representación de la realidad que la institución define.

Tal representación explica la necesidad, el contexto y la función de la institución misma y de los individuos que la componen. Una representación instaaura una configuración de relaciones establecidas entre los elementos que componen una noción de realidad, a fin de brindar sentido y ser base de un sistema de creencias. La visión del mundo que un grupo social posee suele formarse a partir de los múltiples discursos⁶ comunicados por distintos canales (en ocasiones masivos), mediante los

⁵ Entendida para este trabajo como la suma de discursos que definen la manera en que un individuo se representa la realidad e interactúa con ella, retomando la función que le adjudica Erikson ([1968] 1971) de proporcionar al individuo un sentido de sí mismo y del mundo.

⁶ Idea que expresa lingüísticamente relaciones entre elementos de un sistema a fin de brindar un sentido.

cuales un sector determinado induce o impone su ideología a los integrantes, a fin de determinar la manera en que una persona entiende y reacciona al mundo.

Cada uno de los elementos de representación será definido entonces por un discurso que trata no tanto los hechos fácticos como la manera retórica en que los mismos son enlazados para construir una idea determinada que siga los intereses de una persona o grupo. Pues es a fin de cuentas la idea de cómo el mundo es y no lo que este sea, aquello que determinará nuestra actuación sobre el mismo. Por lo mismo, “es posible acercarse a los razonamientos de una época mediante el análisis de su lenguaje, que constituye su herramienta fundamental y da forma a un imaginario social de pertenencia nacional” (Barillaro y La Greca 2010:231). La formación ideológica y el adoctrinamiento militares tienen por objetivo, entonces, elaborar y transmitir los discursos que configuren la ideología del integrante, estableciendo su eficacia en el nivel de interiorización y aceptación que los discípulos presentan.

Ahora bien, ¿qué tácticas, métodos o ideas específicas son injertados por la Escuela Francesa en el Ejército argentino? ¿Qué representación de la realidad configuró esta influencia? Quizás podamos rastrear el paso de la influencia a través de sus indicios, analizando precisamente el discurso de quienes han sido parte de las Fuerzas Armadas y han recibido la instrucción de origen galo. A partir del trabajo de Mazzei (2002) y de las fuentes desglosadas en los apartados anteriores, podemos deducir tres ideas que se presentaron de forma recurrente en la formación emanada por la Escuela Francesa y que buscaron implantarse en el Ejército argentino.

Existió un conflicto global en el que una amenaza comunista pretendía desestabilizar el orden

El militar debía creer que existía un conflicto global y que él era parte del mismo. Este conflicto se representa como una lucha sin cuartel en la que los comunistas se infiltran dentro de las naciones capitalistas a fin de desestabilizarlas, adoctrinando a las masas trabajadoras y estudiantiles para que se interfiera en el orden establecido por la sociedad burguesa. Este conflicto tiene como representantes antagónicos al bloque socialista (con la URSS a la cabeza) y a los países definidos como ‘libres’.

Mazzei (2002) cita una opinión del teniente coronel Mario Orsolinien que data del año 1964 con respecto a la formación que se estaba importando de las milicias francesas:

Se pretende ubicar a la Argentina a través de la perspectiva de un mundo previamente dividido en bloques ideológicos antagónicos, en lugar de

procederse a la inversa, esto es, contemplar al mundo a través y desde la perspectiva argentina. El primer enfoque nos define como anticomunistas antes que como argentinos; el segundo, en argentinos antes que como anticomunistas. (Mazzei 2002:134)

Aunque otros, al igual que Orsolini, debieron entender el peligro que constituyen las doctrinas importadas a un contexto en el que son extrañas, es necesario que este primer punto se establezca como una de las ideas clave del sistema, ya que de él se desprenden dos premisas importantes: primero, que el comunismo es real y se está infiltrando; y segundo, que constituye un peligro al orden y modo de vida nacional.

Independientemente de la eficacia de la implantación, la idea está presente y es citada incluso cuando en su “Discurso final”, la última junta militar dictatorial argentina apela a ella como justificación de su proceder: “Que en este marco de referencia, no deseado por las Fuerzas Armadas y al que fueron impelidas para defender un sistema de vida nacional” (Barillaro y La Greca 2010:303). Es así que la capacidad de defensa no se proyecta ya hacia el exterior, sino hacia el enemigo interno que amenaza la seguridad de las instituciones. Este es el escenario global sobre el cual se representa la escena local, el contexto en el que es comprensible la existencia de una guerra y, por lo tanto, de una defensa.

El general Díaz Bessone, en su libro *Guerra revolucionaria en la Argentina (1959-1978)* (1988), expone su versión de los hechos ocurridos no sólo durante el Proceso de Reorganización Nacional, sino también en años anteriores, en los que él busca la semilla de lo que llama ‘subversión’. En este texto podemos leer que para él “la guerra revolucionaria que azotó a la Argentina, y continúa agrediéndola con medios diferentes, formó y forma parte de la revolución mundial, instrumento del marxismo-leninismo para extender su control sobre el tercer mundo” (1988:13). Más adelante, el general declara su convicción sobre la intención de los grupos subversivos que persiguió, afirmando que “el guerrillero violó sin ningún miramiento los principios morales que sostenían la sociedad nacional, porque eran valores de la sociedad burguesa a la que se proponía destruir” (1988:246).

Se estaba librando una guerra contra la subversión que se había infiltrado en la sociedad: el enemigo interior

Continuemos con un concepto definido por el oficial Henri Grand d’Esnon, que apareció en un artículo de la *Revista de la Escuela Superior de Guerra* en 1960 y que es citado por Mazzei (2002). Allí se define la guerra subversiva como “Guerra dirigida

dentro del territorio dependiente de una autoridad de derecho o de hecho, considerada enemiga por parte de los habitantes de dicho territorio, apoyada y reforzada o no desde el exterior, con el objeto de arrebatar a dicha autoridad el control sobre ese territorio o por lo menos paralizar su acción en el mismo” (Mazzei 2002:118).

Esta definición expone parte del pensamiento francés que se importó a la Argentina y en ella encontramos también el uso de la palabra ‘guerra’, concepto que define claramente el estatus que la autoridad en control le brinda a la situación presente. No se trata simplemente de un ataque o una movilización, sino de un conflicto en el que las normas civiles comunes se alteran para dar paso a un clima marcial, a un enfrentamiento entre el Estado y un supuesto enemigo. En el texto anteriormente citado, Díaz Bessone afirma que “La república Argentina fue el teatro de una guerra que comenzó a gestarse a partir de 1956” (1988:13). Más adelante señala que “en síntesis las Fuerzas Armadas no tenían ninguna duda de que peleaban una guerra. El enemigo, la subversión, tampoco tenía dudas, y no las tenía desde hacía mucho tiempo” (1988:245).

Una segunda lectura de la definición de Grand d’Esnon (Mazzei 2002:118) citada dos párrafos más arriba, permitirá analizar la línea que dice “considerada enemiga por parte de los habitantes de dicho territorio”. Si cualquier habitante puede entender como enemiga a la autoridad, cualquiera puede convertirse en sospechoso de pertenecer al movimiento armado hasta que no se compruebe lo contrario. Este es sólo el inicio de un estado de paranoia que pudo ser en lo sucesivo un factor determinante para la incidencia de los ‘excesos’ en el ejercicio de la represión. En este tipo de conflicto, el enemigo está dentro de la misma sociedad y eso lo vuelve más peligroso. El 10 de mayo de 1975, a poco menos de un año de que el control de la nación sea tomado por la junta militar, el ministro de Interior de la nación declara en Buenos Aires lo siguiente: “La acción de las masas sigue aquella dirigida hacia los grupos, adoctrinando directamente a los más jóvenes y rebeldes en el sentido de la necesidad de derribar el sistema imperante para sustituirlo por el socialismo marxista leninista utilizando para ello cuanto medio fuera posible, incluido el armado” (Barillaro y La Greca 2010:288).

El ya citado general Martín Antonio Balza, declara para Robin: “los franceses aportaron a la Argentina una concepción nefasta y perversa, que literalmente envenenó el espíritu de los oficiales de mi generación: la del *enemigo interior*” (2005:267). Esta noción, que los militares argentinos abrazaron, cobra importancia al volverse una peligrosa fuente de paranoia, pues como declara Balza: “todos nosotros, yo incluido, interiorizamos el hecho de que el enemigo contra el cual debíamos batirnos era nuestro propio conciudadano: con el que estábamos a punto de almorzar, el profesor de nuestros hijos o nuestro vecino” (Robin 2005:267).

Los sectores que estarían bajo la lupa (a partir de otras experiencias revolucionarias, como la cubana) ya se han definido y se ha determinado también el carácter peligroso que tales grupos pueden tomar. La subversión se buscó principalmente entre los grupos obreros y los estudiantes, aunque la paranoia democratiza a los sospechosos. Antonio Caggiano, arzobispo de Buenos Aires, declara en 1975 que “hay muchos argentinos indiferentes a la unidad visible y necesaria ante la subversión y a los patriotas esfuerzos que hacen para mantener el estado institucional del país. Aquí está Barrabás, el asesino y el rebelde, con sus discípulos sembrando discordia” (Barillaro y La Greca 2010:288). El general Balza, por su parte, afirma que sospechosas son “todas aquellas personas cuyas ideas nosotros no compartíamos y que podían tener [...] afinidades con el comunismo, presentado como el mal absoluto, o con el peronismo, considerado como un subproducto del primero” (Robin 2005:267).

Tal paranoia se vio aumentada por otra característica del movimiento subversivo, que es la de ser considerado como capaz de tener una penetración social insospechable, a la manera del Viet Mihn. El militar fue entrenado para sospechar, se siente rodeado y mantiene un estado de alerta permanente. Como señala el ya citado general Ramón Díaz Bessone: “están en todos los lugares. Están atendiendo un comercio. Están asistiendo a clases en la universidad o en colegios. Están enseñando como profesores. Puede ser un abogado, un médico, un ingeniero, un trabajador, un obrero” (Robin 2003).

El estado de alerta permanente ante un posible atentado provoca una sensación de vulnerabilidad que aumenta la agresividad. La visión del militar debía estar configurada para entender la naturaleza del oponente al que se enfrentaba, a fin de llegar adonde fuera necesario para conservar no sólo el orden, sino la vida misma, en un lugar donde el enemigo puede estar a la vuelta de la esquina. Independientemente del carácter ético de su persona, llaman la atención las palabras del capitán Alfredo Astiz, cuando fue entrevistado por la periodista Gabriela Cerruti, el 28 de enero de 1998: “¿Sabés por qué mata un milico? Por un montón de cosas: por amor a la patria, por machismo, por orgullo, por obediencia. Si todo eso no está muy alto, uno no sale todos los días a hacer su trabajo. No es hacer un balance en una empresa. Es arriesgar lo único que uno tiene, que es el cuerpo. Es el lugar donde se guarda la mente” (Cerruti 2010). El enemigo estaba dentro y eso lo hacía más peligroso. Dentro de la misma declaración, Astiz señala: “estaba de acuerdo. Eran el enemigo. Tenía mucho odio adentro. Habían matado a dos mil de los nuestros” (Cerruti 2010).

La búsqueda del bien mayor justificaba todo proceder

En el contexto de esta llamada ‘guerra’, toda acción tendiente a destruir los grupos subversivos debía estar justificada por un principio de bien mayor; es decir, una creencia de que las acciones propias y de grupo estaban conducidas por un proyecto tendiente a obtener una mejora social.

En este sentido, el militar se entendía a sí mismo como un defensor del sistema que resguardaba a su vez el orden, la paz, la libertad y la estabilidad, que el comunismo buscaba destruir a través de sus brazos armados. Como comenta Mazzei (2002) –al referirse a una traducción del teniente coronel Miguel Manrique Mom–, ciertos militares de alto rango llegan a sentirse ‘imbuido[s] de una mística de cruzado’ ante la misión que tenían por delante.

Analicemos nuevamente la cita del “Discurso final” de la junta militar dictatorial argentina, último comunicado dirigido al público en el que se evalúa el desempeño de la misma al frente de la administración del país. Allí se lee: “en este marco de referencia, no deseado por las Fuerzas Armadas y al que fueron impelidas para defender un sistema de vida nacional” (Barillaro y La Greca 2010:303). Encontramos en el discurso la idea permanente de entender a las Fuerzas Armadas como defensoras de un valor definido como ‘sistema de vida nacional’. Es este concepto de orden establecido por la propia junta el que se busca mantener –lo que a su entender constituye *el modo de vida de los argentinos*– y que al parecer es preservado por las instituciones del Estado, así como por las jerarquías sociales y económicas. Por lo tanto, el Ejército se ve ‘impelido’, obligado, forzado a actuar.

En el libro *Los 70. Violencia en la Argentina* –así como en tantas otras obras–, el Círculo Militar Argentino expone una vez más su opinión sobre el proceder tomado durante el Proceso de Reorganización Nacional, en la cual podemos encontrar la idea de que sus acciones son justificadas por el bien común y apoyadas por los argentinos: “sostenemos y afirmamos que dicha contienda [...] fue justa y necesaria. Justa, porque constituyó la respuesta de una nación y su sociedad agredida, explicitada a través de mecanismos institucionales válidos y legales y con el consenso, a veces explícito y/o tácito, de la abrumadora mayoría de la sociedad” (Círculo Militar Argentino 2000:176).

Mucho después del fin de la dictadura militar, el jefe de la Armada, almirante Enrique Molina Pico, declararía en Buenos Aires, el 4 de mayo de 1995, que “existió un ataque masivo contra la sociedad argentina y nosotros también reaccionamos en forma y con una metodología que no respetó el orden legal vigente y las leyes de guerra” (Barillaro y La Greca 2010:315). Este ataque y su carácter de ‘masivo’ constituyen en ese momento motivos suficientes para que los métodos de ataque

contra los grupos subversivos salgan de la normativa común. Una de las enseñanzas más importantes que instaura la Escuela Francesa es la operación que debe hacerse con el fin de nutrir los sistemas de inteligencia con información suficiente para planear los movimientos de ataque y defensa, así como el desmembramiento de las redes formadas por los grupos guerrilleros.

Recordemos que es en la batalla de Argel donde los métodos de obtención de información que desembocan en la práctica de la tortura comienzan a ser usados por los franceses. A partir de la instrucción, el militar debe entender que esta información es crucial a fin de proteger el orden social y las vidas de otros habitantes, ya que antes se ha establecido que los grupos subversivos no dudarán en hacer uso de la fuerza. Leamos nuevamente al general Ramón Díaz Bessone, quien pregunta: “¿cómo puede usted sacar información si no lo aprieta, si no tortura?” (Robin 2003).

En otros testimonios, podemos ver que se esperaba obediencia total a la aplicación de estas y otras prácticas, o al menos así lo entendieron algunos. Astiz dice: “es terrible toda esta hipocresía de por qué no discutíamos o nos negábamos. Yo no discutía, primero porque soy milico de alma, y lo primero que me enseñaron es que hay que obedecer a los superiores” (Cerruti 2010).

¿Realmente era imposible discutir? La contradicción existente entre institución e individuo –que se pone de manifiesto al entender al soldado como componente físico e ideológico de un cuerpo con procedimientos y doctrinas comunes–, ha sido blanco de un sinnúmero de polémicas a lo largo de la historia. Llama la atención a este respecto la declaración de Astiz, quien afirma: “Yo digo que a mí la Armada me enseñó a destruir. No me enseñaron a construir, me enseñaron a destruir. Sé poner minas y bombas, sé infiltrarme, sé desarmar una organización, sé matar. Todo eso lo sé hacer bien” (Cerruti 2010). Es evidente que los intentos de obtener amnistías para los integrantes de las Fuerzas Armadas por los actos ilegales cometidos durante la dictadura militar, han llevado a esgrimir argumentos que pretenden limitar la responsabilidad individual de los actos cometidos, al subsumirlos como parte de una ordenanza superior que, debido a los códigos y las normas institucionales, debían ser obedecidas.⁷

Ahora bien ¿hasta dónde se debía proceder para eliminar la amenaza? Es nuevamente Díaz Bessone quien declara (aunque es filmado con cámara oculta):

Digamos que hubo 7.000 desaparecidos –no creo que haya habido 7.000, pero bueno– [...] ¿usted cree que se pueden fusilar siete mil personas? [...]

⁷ Caso de las conocidas “Leyes de Punto Final y Obediencia Debida” que motivaron los indultos a los miembros de las Fuerzas Armadas en 1987, durante el gobierno del Presidente Carlos Menem.

¿Qué podríamos hacer? ¿Meterlos a la cárcel? Y después de que llegara un gobierno constitucional, serían liberados y recomenzarían... Era una guerra interna, no contra un enemigo del otro lado de la frontera. ¡Ellos están listos para retomar otra vez las armas para matar en la primera ocasión! (Robin 2005:441)

Ante semejantes declaraciones, no provocan mayor sorpresa las palabras del general Jorge Rafael Videla, quien afirma durante la VIII Conferencia de Ejércitos Americanos, celebrada en Montevideo, Uruguay: “Si hace falta, morirán en la Argentina todas las personas necesarias para que vuelva la paz” (Robin 2005:423).

Conclusiones y reflexiones finales

Como hemos visto, la influencia francesa que experimentó el Ejército argentino entre 1957 y 1963 provocó transformaciones al interior de los cuerpos militares que participaron después en el llamado Proceso de Reorganización Nacional, motivando a que tanto su metodología de acción como su ideología, fueran adaptadas a teorías extranjeras que impactaron su noción de guerra y del papel que ellos mismos jugaban dentro de una contienda de esta índole, desatando cambios importantes en la manera de concebir al enemigo y a sí mismos como parte de una lucha necesaria y determinante para el futuro de la nación.

La formación impartida a los militares tuvo como propósito influir en su visión del conflicto revolucionario y en su identidad como defensores de un estado político, social y económico que garantizaba el orden establecido hasta ese momento. Para ello, las enseñanzas se basaban en la creencia en la existencia de un conflicto global en el que una amenaza comunista organizada desde el bloque socialista buscaba desestabilizar la vida nacional. Por tal motivo se debía librar una guerra contra esa subversión amenazadora que se había infiltrado en la sociedad hasta en sus más recónditos espacios, constituyendo un peligro constante y latente, por tratarse de un enemigo interno, debido a lo cual todo proceder estaba justificado al ser parte de una lucha por lograr un bien mayor en la defensa del Estado y del pueblo argentino.

Como afirma Mazzei, “la Teoría para la Guerra Contrarrevolucionaria produjo un impacto demasiado violento en el Ejército, que desequilibró psicológicamente a una parte importante de los cuadros superiores” (2002:135), lo que sucede comúnmente cuando se fuerza una ideología para adaptarla a un contexto diferente del que le ha dado vida. Sin embargo, algunos han querido llegar a entender las influencias extranjeras como apologías que justifican las decisiones tomadas. En

muchas de las declaraciones de militares argentinos citados durante este trabajo, hemos podido ver que a menudo se menciona la influencia francesa para responsabilizarla de la enseñanza de los métodos de represión y del impacto ideológico que motivó los ‘excesos’ durante la última dictadura argentina. Como ejemplo, el ya mencionado general Balza declara a Robin, durante una entrevista, que “los franceses aportaron a la Argentina una concepción nefasta y perversa, que literalmente envenenó el espíritu de los oficiales de mi generación: la del ‘enemigo interior’” (Robin 2005:267-268).

Siempre habrá grupos dispuestos a usar el discurso histórico para favorecer sus intereses. La sociedad argentina se encuentra desde hace años en un evidente proceso de revisión sobre la responsabilidad que sus Fuerzas Armadas tuvieron durante la última dictadura y será sólo ella la que tome la última decisión sobre la manera en que escribirá esta parte de su historia, decidiendo cuáles discursos terminarán por imponerse y cómo se entenderá históricamente el Proceso de Reorganización Nacional.

No cabe duda de que el análisis de los fenómenos de este tipo debe estar encaminado a tener un mejor entendimiento de los factores que los posibilitan, único objetivo de este trabajo. Es de esperar que tal entendimiento pueda contribuir a que nubes como las que se tendieron sobre la Argentina puedan evitarse desde su formación, antes de oscurecer la vida de cualquier otra nación.

Recibido enero 2011
Aceptado mayo 2011

Referencias bibliográficas

- Agencia ANSA Latina, 2010. “Argentina: comienza juicio por crímenes de lesa humanidad.” Disponible en <http://www.ansa.it/ansalatina/notizie/rubriche/amlat/20101018001135161692.html> [noviembre 2010].
- Barillaro, Elvira, Francisca La Greca, 2010. “El otro en el discurso político argentino.” En Ana María Careaga, comp. *El terrorismo de estado en la Argentina*. Buenos Aires: Instituto de Espacio para la Memoria, 227-317.
- Bayer, Osvaldo, Atilio Borón, Julio Gambina, 2010. “El terrorismo de estado en la Argentina. Apuntes sobre su historia y sus consecuencias.” En Ana María Careaga, comp. *El terrorismo de Estado en la Argentina*. Buenos Aires: Instituto de Espacio para la Memoria, 15-225.
- Cerruti, Gabriela, 2010. “Entrevista a Astiz, dos horas frente a un asesino.” Disponible en <http://www.gabicerruti.com.ar/ar/2010/03/29/entrevista-a-astiz-2-horas-frente-a-un-asesino/> [noviembre 2010].

- Círculo Militar Argentino, ed., 2000. *Los 70. Violencia en la Argentina*. Buenos Aires: Colección Biblioteca del Oficial, Círculo Militar Argentino.
- Díaz Bessone, Ramón Genaro, 1988. *Guerra revolucionaria en la Argentina (1959-1978)*. Buenos Aires: Círculo Militar.
- Erikson, Erik H, [1968] 1971. *Identidad, juventud y crisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Foucault, Michael, [1975] 2009. *Vigilar y castigar*. Aurelio Garzón del Camino, trad. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Kuhn, Thomas, 1971. *La estructura de las revoluciones científicas*. Agustín Contín, trad. México/ Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Mazzei, Daniel, 2002. "La misión militar francesa en la Escuela Superior de Guerra y los orígenes de la Guerra Sucia, 1957-1962." *Revista de Ciencias Sociales*, N° 13, 105-137.
- Picciuolo, José Luis, 2000, *Historia de la Escuela Superior de Guerra Tte. Luis Ma. Campos*. Buenos Aires: Círculo Militar Argentino.
- Robin, Marie-Monique, 2003. *Escuadrones de la muerte, la Escuela Francesa*. Documental, 1:00:15, Francia.
- , [2004] 2005. *Escuadrones de la muerte, la Escuela Francesa*. Sergio Di Nucci y Pablo Rodríguez, trads. Buenos Aires: Sudamericana.
- Seoane, María, Vicente Muleiro, 2001. *El dictador: La historia secreta y pública de Jorge Rafael Videla*. Buenos Aires: Sudamericana.